

## La chica danesa (*The Danish girl*, Tom Hooper, 2015)

Nicolás Lobos

Sobre la película “La chica danesa” me gustaría presentar tres hipótesis: 1. Que no es tanto la historia de la chica danesa cuanto la de su mujer, una pintora (Gerda Wegener) y de lo inquebrantable de su amor. 2. Que no es tanto la historia de una operación transgénero cuanto la afirmación de aquella frase de Oscar Wilde “la vida imita al arte”. 3. Que no habilita tanto las posiciones de los sectores más radicalizados de la comunidad LGTBI cuanto senderos interpretativos alternativos y para nada lineales.

La película también es –obviamente- dos cosas: 1. La historia de la estupidez, la soberbia y la crueldad de las sociedades europeas en general y de los médicos en particular, a principios del S XX, hacia las personas con una sexualidad no normalizada. 2. La reivindicación sin atenuantes del derecho a que cada cual haga con su cuerpo lo que le plazca.

La chica danesa (Lili Elbe) es una persona nacida varón (Einar Wegener), también pintor, que habita una profunda melancolía donde se obstina en retratar incansablemente el mismo paisaje, el de su infancia: un pantano perdido de Dinamarca. Con ese motivo, con esos cuadros, tuvo su éxito, -es cierto- pero no sale de allí, de esa añoranza que la acuna y de esa pesadumbre que la ancla. Atormentado por el problema metafísico de “ser una mujer de verdad” (agregamos: problema simétrico al de “ser un hombre de verdad”), Einar siente que ha nacido “en un cuerpo equivocado”. Su ternura nos convoca a acompañarlo hasta el final en su deseo de absoluto, nos convoca a compartir una honestidad que no es de este mundo, no porque no sea frecuente, sino porque tiene su lugar en otra escena. La noche –hacia el final de la película- en que Lili sueña su sueño de nacer de nuevo -y esta vez como mujer-, de nacer a una madre que mira con amor a su bebé y la llama “Lili”, es la noche anterior al día en que muere, en los brazos de Gerda, que la llama, con toda la ternura y devoción de que este mundo es capaz, “Lili”.

Einar/Lili no cede en el implacable deseo de querer volver al principio y que todo sea diferente, deseo gemelo del deseo de fundar el mundo de nuevo. Einar/Lili cumple ese sueño –de una manera efímera pero real- y sólo lo logra (al final cambia su sexo mediante una serie de cruentas operaciones) porque a lo largo de los años es pintado/a por el pincel de su esposa, Gerda. Ella pinta su belleza femenina y su fortaleza heroica, ella pinta su tozudez y su decisión, ella pinta su valentía excepcional para operarse y transformarse –definitivamente por unas horas- en una mujer. El pincel va trazando su futuro. Su vida es una coproducción de su deseo y del pincel de su esposa.

Decíamos, por último que no debe ser la película abanderada de los sectores más radicalizados de la comunidad LGTBI porque cuando Lili dice en un momento “no quiero pintar, quiero ser una mujer” Gerda le responde: “puedes ser las dos cosas”. Parece querer decirle, “no es que no sea importante ser una mujer sino que no es menos importante aquello que puedas pintar ubicándote como mujer”. Se podría decir que –aparte del apoyo- Gerda también le señala salidas a la posición metafísica patriarcal, esa interminable perorata sobre el Ser. Algo así como: “no se trata de

obsesionarse tanto con la oposición binaria hombre-mujer cuanto de desplegar la dialéctica entre la práctica y su producto, entre el pintar y la imagen pintada, entre el hacer y ese –siempre evanescente- imaginario del “ser”. El último reducto de la religión y de la fe, es creer que existe algo así como “el hombre” y “la mujer”, que existe algo así como “el hombre de verdad” y “la mujer de verdad”.